

RIENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

No es nuestro ánimo probar que Adriano de Castello, leal y constante caballero, era insensible á los atractivos de todas las bellezas, á escepcion de su Irene; dirémos la verdad, porque el hombre puede conservar la mas profunda fidelidad de corazon sin armarse á toda hora y contra toda clase de tentaciones de la rigida virtud de un Joseph. El mismo Petrarca, el mas tierno y fiel de todos los amantes y de todos los poetas jamás imaginó que la fè del corazon pudiese alterarse por las groseras aberraciones de la carne, pues se le vió consolarse de su casta y desgraciada pasion, dando nietos á su venerable padre. No pretendemos por lo tanto conceder ó negar al jóven romano la immaculada pureza de un Amadis de Gaula, ni entrometernos en esos misterios filosóficos relativos á la diferencia de *Eros* y de *Antérso*, misterios reservados á nuestro magaz y privilegiado sexo, y que no deben (ni lo permita Dios) ser conocidos por las hijas de Eva: lo cierto es que en aquella ocasion no obtuvieron éxito alguno las terminantes insinuaciones de la picante Mariana. Solo horrores é ideas lúgubres de muerte llenaban la imaginacion de Adriano, y consideraba los pensamientos de aquella peligrosa hechicera como una distraccion impía de las tristes meditaciones á que debía entregarse.

—Señora, la dijo por último con una voz que revelaba el desprecio que no podia ocultar, no he vivido entre las calamidades y desventuras de la guerra lo bastante para manifestarme insensible á todo lo que ven mis ojos. Gozad á vuestras anchuras de la felicidad que os brindan estos vergeles; recoged las emponzoñadas rosas del sepulcro para vuestras coronas, pero no intentéis mudar mi corazon embebido en dolorosos recuerdos: la hermosura no tiene delicias para mí, y el amor, por mas puro que se me presente, me parece oscurecido por las sombras de la muerte. Perdonadme, y recibid mi último adios.

—Sí, marchad, replicó la florentina furiosa, resentida de su indiferencia: corred á buscar vuestra amante entre esos sepulcros que os complacéis en recordar á cada instante. ¡Ingrato!... Vete... Huye... Pero ten entendido que te he engañado, hombre presuntuoso y loco: sí; te he engañado al decirte que tu Irene.... ¿no es este el nombre de tu querida?.... se habia ausentado de Florencia. Nada sé de ella; jamás la he oido nombrar hasta hoy... ¿Quieres mas? Vuelve, vuelve á la ciudad, manosea los cadáveres hacinados en los fosos, encuentra el espectro que anhelas, llama á Irene, y pregúntate despues á tí mismo si la amas todavía.

CAPÍTULO IV.

Muchas veces se obtiene lo que se desea sin saberlo.

Con el rigor del calor volvió Adriano á pie á Florencia. A medida que se acercaba á la ciudad, toda aquella escena de gozo y de galantería que acababa de dejar se le aparecia como un sueño, como el palacio y los jardines de una maga, de los cuales salia en un estado semejante al de un criminal que despierta la mañana misma en que debe sufrir su suplicio.

A cada paso que daba por aquellas calles desoladas, volvía á sus pensamientos acerca de la vida y de la muerte. Las últimas palabras de Mariana resonaban en su oído como una campana fúnebre. Y entre tanto que erraba durante el calor del día en esta atmósfera infestada, la fatiga, las alternativas del desaliento y la agitacion que habia experimentado, juntas á la pesadumbre de su decepcion y al sentimiento de haber perdido momentos preciosos, hicieron circular por sus venas una fiebre devoradora. Sus miembros estaban oprimidos como por el peso de una montaña, sus labios secos, sus fuerzas le abandonaron súbitamente, y solo con mucho trabajo pudo continuar su camino.

Siento, decia con disgusto naseabundo, ese estremecimiento de horror con que lucha la naturaleza contra la muerte, y sobre todo contra una muerte semejante. Le siento; ella me ha asido, la ciega, la inclemente devoradora; pereceré sin salvarla, nosotros no nos uniremos ni aun en el sepulcro.

Sin embargo, estos pensamientos aumentaban el mal que comenzaba á apoderarse de él, y mucho antes de llegar á lo interior de la ciudad, la facultad de pensar le habia ya abandonado. Los hombres, las casas flotaban ante sus ojos como sombras confusas. La acera ardiente desaparecia bajo sus pies; el delirio

turbó su cerebro, y caminaba con paso vacilante murmurando frases incoherentes. Las pocas personas que le encontraban al paso le huian con terror; aun los frailes, siempre continuando su solemne y triste procesion, pasaban pronunciando un rápido *hene bovis* por la parte opuesta. Desde una taberna del extremo de una calle, cuatro becchini, que bebían juntamente fijaron sobre él, á través de sus máscaras, unas miradas semejantes á las que lanzan los buitres sobre un viajero moribundo en el desierto. Se arrastraba todavia estendiendo los brazos para sostenerse como un hombre en la oscuridad y buscando, con el vago sentimiento de conservacion propia que luchaba contra el delirio creciente la casa en la que habia establecido su permanencia.

—¿Irene, Irene, exclamaba algunas veces en voz baja, otras con voz penetrante, dónde estás? Ven á mí. He venido á libertarte. ¡Ah! cómo siente el aire la carne muerta! Irene! Irene! nosotros nos ocultaremos en mi palacio y á orillas del bello lago; ven Irene.

Mientras que proferia estas lastimosas exclamaciones, dos mujeres salían con mantos y máscaras de una casa vecina.

Vana prudencia, decia la mas alta de ellas, cuyo manto, cosa digna de ser notada, era de un azul subido, ricamente bordado de plata, y poco comun en Florencia por su forma y color; pero usado en Roma, donde el traje de las señoras de una clase elevada era sumamente brillante, y admitia una amplitud de paños mas simple y menos guarnecida. ¿vana prudencia? ¿por qué huir un destino inevitable?

—¿Qué? querias habitar bajo el mismo techo, permanecer en un cuarto contigo á otro en que yacen tres cadáveres, y siendo extranjeros, mientras en Florencia hay tantas habitaciones desocupadas! créeme, no andaremos mucho sin encontrar un alojamiento seguro.

—Hasta aquí, en efecto, hemos sido preservadas milagrosamente, dijo suspirando la otra, cuya voz indicaba una extrema juventud. Sin embargo, quisiera saber á dónde debo dirigirme qué monte, qué selva qué caverna escondo á mi hermano y su fiel Nina. Estoy cansada de tanto horror.

—Irene! Irene! si estás en Milán ó en alguna ciudad de Lombardía, ¿á qué quedarme aquí? ¡A caballo, á caballo! ¡Oh! no, no! El caballo con las campanillas y el carro de los muertos!....

Con un grito, un grito mas penetrante que el de un enfermo, se lanzó á él el jóven; un solo paso la condujo al lado de Adriano. Cogió su brazo, miró su rostro, encontró su mirada fiera, brillante de un fuego espantoso. ¡Ah! dijo con dolor, ella le ha cogido ¡la peste!

Alejaos ¡pronto! ¡estais loca? gritó su compañera retiraos, no me toqueis, le habeis tocado. Aquí no nos separamos. Ayúdame á transportarle á alguna parte, mira, pierde sus fuerzas, vacila, cael ayúdame, cara signora, por piedad, por amor de Dios!

Pero enteramente poseida del miedo egoista que sobrepujaba á toda humanidad en aquel tiempo desgraciado, la vieja, aunque naturalmente buena y compasiva, huyó rápidamente y desapareció en un instante. Así, sola con Adriano, que acababa de caer á tierra anonadado por la fiebre, no le abandonaron sus fuerzas ni su valor. Arrojó su hermoso manto que impedia el movimiento de su brazo, y levantaba la cabeza de su amante, porque esta era Irene.

¿Y qué otra débil mujer hubiera podido desafiar el mortal contagio? Les sostuvo sobre su seno, y gritó con todas sus fuerzas y sin detenerse para ser socorrida. En fin, los becchini salieron de la taberna, y estos hombres agnerridos por su profesion, y que, por esta razon, escapaban al mal mucho mejor que con grandes precauciones, se aproximaron con paso indolente.

—¡Daos prisa! ¡Daos prisa! ¡Por amor de Cristo! decia Irene. Tengo oro, mucho oro, yo os recompensaré. Ayudadme á transportarle bajo el techo mas inmediato.

—Dajadle en mis manos, señora. Nosotros le seguimos con la vista, dijo el uno de los sepultureros, nosotros cumpliremos con nuestro deber.

—¡No, no! no le toqueis su cabeza; este cuidado me corresponde. Quiero ayudaros. Aquí, bien; vamos, entretanto, pero con dulzura, os lo suplico.

Ayudada de estos siniestros oficiales, Irene, que no quiso desentenderse de su preciosa carga, y que contemplaba aquellos ojos, aquellos labios cerrados, inmóviles, como si esperase recoger su alma pronta á abandonarle, llevó á Adriano á una casa vecina y le dejó sobre una cama.

Conservando toda la presencia de ánimo, toda la activa prevision que las mujeres solas despliegan en tales momentos, y que forman un contraste tan sublime con su delicadeza, la hermana de Rienzi hizo sacar de allí los paños susceptibles de empeorar el efecto del contagio.

(Continuad).



Disfraz de Pritchard.—Durante las bacanales del carnaval de París, un aficionado á los bailes de la ópera habia logrado que por su disfraz extraordinario se le diese el nombre de Pritchard. Este misionero de nuevo cuño bailaba con tanta elocuencia los bailes mas desagradables al pudor, de la policia, que todas las noches se veian sus agentes forzados á llevarse á pasar la noche en la cárcel; en cuanto se apoderaban de él repetia mil veces con todo el vigor de sus pulmones: «Exijo una indemnizacion.» Esta chanza era acogida con aplausos frenéticos, y todas las noches se oia con nuevo placer sin perder nada de su novedad.

La enamorada penitente.—Leemos en el *Diario de los debates*:

En la cárcel central de Clairvaux ha sucedido un hecho sumamente original. Una detenida que mostraba hallarse animada de los mejores sentimientos, pidió confesarse con el limosnero de la casa. Despues de los preliminares de costumbre, en vez de hacer esta muger relacion de sus pecados al confesor, le manifestó la pasion amorosa que este le habia inspirado, y sin dejarle lugar á que volviese en si de la sorpresa que tan extraña declaracion debió causarle, abrió de improviso la puerta del confesionario y se arrojó con los brazos abiertos sobre el buen limosnero. Al verse este tan bruscamente acometido, comenzó á dar voces, y de este modo logró que los guardias que estaban de servicio acudiendo inmediatamente á su socorro le librasen de la enamorada penitente.

Estraordinarios frios.—El frio que ha habido en Alemania y con especialidad en Baviera, y en Wurtemberg, durante el mes de febrero, ha llegado á tal punto que las gentes se caian muertas en las calles. Desde el 9 al 13 de dicho mes, el frio ha sido de 17 á 26 grados de Reaumur bajo cero en Baviera y Wurtemberg; el dia 8 de febrero estaban en San Petersburgo á 19 grados, en Dresde á 20 y en Ausburgo á 23.

Ratificacion del Gobierno francés.—El tratado de comercio con la China.—Se asegura que el 20 de marzo saldrá de Paris para Canton, por la via de Egipto, M. Ferrieres Levayer: que ha sido el portador del tratado concluido con el emperador de la China. Lleva ahora consigo la ratificacion del rey de los franceses.

VARIEDADES.

Encuadernaciones de los ejemplares del primer tomo de la BIBLIOTECA CATOLICA, que el editor don Juan Oliveres de Barcelona, tuvo la honrra de poner en manos de S. S. M. M. y A., á quienes está dedicada.

Cada ejemplar se halla encerrado en un bello cofrecito de terciopelo. El de S. M. doña Isabel II de color purpúreo: el de S. M. la Reina Madre doña Maria Cristina, de azul celeste, y blanco el de S. A. En el centro de cada uno de dichos cofrecitos hay doradas las iniciales ó cifra de S. S. M. M. y A., en relieve, con la corona real y de principe.—Cubiertas—Las cubiertas de cada ejemplar llevan lo siguiente: Todas en ambas caras estan orilladas de un cordon de plata sobredorado con esquisitas labores trabajadas al cincel, cuyo cordon sostiene los broches que son del mismo metal y labrados con el mayor gusto y delicadeza.

La cara anterior de cada cubierta sobre un fondo de seda de los mismos colores alusivos que los respectivos cofrecitos presentan un elegante marco ó cuadro en relieve, de plata sobredorada y por el estilo gótico. A los lados se ven las imagenes alegóricas de la religion y de la moral. En el docel ó parte superior del marco en medio de adornos preciosos hay un escudito de esmalte con las insignias episcopales. Al pie se ven tambien de esmalte y con los colores requeridos los escudos de armas reales surmontadas de las coronas respectivas á cada una de las personas á quienes van dedicados. En el centro hay las cifras de las mismas todo trabajado de plata sobredorada en relieve y con los mas primorosos caprichos.

En la cara posterior de cada cubierta en otro marco mas pequeño que el de que acabamos de hablar hay el nombre del editor D. Juan Oliveres. En la parte superior de este marco se ve el triángulo alegórico de la Santima Trinidad y al pie el titulo de la coleccion.

El lomo está igualmente adornado con el mismo gusto y en estilo gótico, y contiene el titulo de la obra y el nombre del editor y en el centro la imagen de la religion con un escudo esmaltado que lleva el nombre de *Biblioteca Católica*, al rededor y la cifra de S. M. al centro.

Pero lo que es de un trabajo nunca visto hasta ahora es el corte del libro: el cual en sus tres hordas se ven sobre un fondo dorado mil caprichos de esmalte. El borde mayor ó lateral tiene en su parte superior una paloma que representa el Espiritu Santo y en el centro en una preciosísima miniatura la imagen de Santa Isabel con un primoroso colorido. Los bordes superior é inferior llevan en otras dos miniaturas las efigies de Santa Cristina y de San Fernando. Por último en una portada de letras de colorido se lee el nombre de las augustas personas á quienes se dedica, y en una portada formada con un elegante marco colorido por el gusto de los antiguos pergaminos léese el titulo de la Coleccion.

Liceo Artístico y Literario.—En una de las últimas sesiones de la seccion de literatura se leyó el primer canto de la *Jerusalen del Tasso*, traducido por el general

Pezuela. El Sr. Pezuela tiene acometida hace tiempo la empresa de traducir la *Jerusalen*: las ocupaciones de su alto cargo militar le tiene ahora, segun parece muy alejado de su tarea literaria; no ha mas renuncia de por tanto á su buen propósito; y el trozo de su traduccion que ha leído á la seccion del Liceo corresponde á la reputacion que otras varias poesias tienen granjeada hace tiempo al autor.

El Liceo ha declarado sócio de mérito al señor don Juan Maria Maury, autor de *Espagne poetique* y de *Esvero y Almedora*.

Privilegio de los condes de Rivadeo.—Por un antiguo privilegio concedido á los condes de Rivadeo se traslada todos los años á su casa desde el real Palacio el vestido con que S. M. asiste á los oficios de la capilla el dia de Reyes. Esta ceremonia se ha verificado el dia 27 de febrero último, trasladándose el vestido en un coche tirado por seis caballos, escoltado por un piquete de Albarderos. El duque de Híjar, hoy conde de Rivadeo, lo recibió sentado bajo un dosel en traje de gala de manos de un gentil-hombre.

El violinista Robbio.—Sabemos que el célebre violínista italiano Agustino Robbio, discipulo de Paganini, á quien ya en varias ocasiones hemos tenido el gusto de tributar nuestros sinceros elogios, dejarán uno de estos dias esta capital y se dirigirá hácia Portugal é Inglaterra, visitando al paso algunas de nuestras ciudades meridionales, Córdoba entre otras, donde esperamos que halle una acogida digna de su extraordinario mérito y justa fama.

GALERIA DRAMÁTICA.

Felipe el Hermoso ó ni agiotistas ni estrangeros, drama histórico original en cuatro actos y en verso por los Señores don Eusebio Asquerino y don Gregorio Romero de Larrañaga, representado con extraordinaria aceptación en el teatro del Príncipe se halla impreso sin ninguna alteracion del original en las librerias de Cuesta, calle Mayor y de Rios frente a la Imprenta Nacional.

QUEVEDO.

Edicion de lujo con grabados por los mejores Artistas Españoles. Los señores suscritores podrán pasar á recoger la entrega 25 última del tomo tercero, cuaderno 77, que se repartió el del presente mes. Puntos de suscripcion, los anunciados en las cubiertas y en las oficinas de la imprenta y establecimiento de grabado de don Vicente Castelló calle de la Estrella núm. 7. teniendo que encuadernar en tomos las entregas que ya van publicadas de esta obra. Se previene á los señores suscritores que le falten algunas, pasen á recogerlas, pues de lo contrario perderán la accion á ellas y de consiguiente quedarán inutilizadas las que recibieron anteriormente.

ESPAÑA PINTORESCA Y ARTÍSTICA DE VAN-HALEN.

Se está tirando la 15.ª entrega, que se repartirá dentro de muy pocos dias. Las carpetas para el primer cuaderno (*Acuña*) se están tirando tambien, y se darán con la última entrega de él: en su respaldo lleva los nombres de todos los suscritores.

MANUAL

DE EL ESCRIBAN

COMPENDIO DEL DERECHO

CIVIL ESPAÑOL

Y de procedimientos judiciales, puesto en forma de diálogo para uso de los jóvenes que se dedican á aquella carrera. Por un abogado del colegio.

Se ha repartido la entrega segunda.

El principal objeto de esta obra es ofrecer en un reducido volumen, redactadas con sencillez, claridad y método a los jóvenes que se dedican á la profesion de escribanos, las disposiciones legislativas y las actuaciones judiciales concernientes á este cargo, y cuyo conocimiento les es indispensable para el buen desempeño de sus funciones.

Asi pues, se ha trazado una breve reseña histórica de los códigos que constituyen el cuerpo del derecho español, en la que se indica el origen, division, autoridad y orden de preferencia de cada uno de ellos, y asimismo se ha formado un titulo preliminar, en que se esponen varias nociones generales sobre la justicia y el derecho, conocimientos indispensables á toda persona que se halle en el caso de poner en práctica el testo de las leyes.

Esta obra quedará publicada á la mayor brevedad; el precio de cada entrega es 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias, franco de porte.

Se hallará en la libreria de su editor don Ignacio Boix, calle de Carretas, número 8.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRENTA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8.